

Lágrimas de María: un mensaje del Cielo

Miedo, tristeza, dolor,
indignación, emoción, alegría...
¿Cuáles de estos sentimientos
pueden estar en la causa del llanto
de María?



“¡Hombres y mujeres, prestad atención, el mensaje de Fátima
no está escondido! Por el contrario, brilla más que nunca, pues hubo en
el mundo quien asumió la misión de encarnarlo”.

¿Cómo es posible quedarse indiferente al contemplar las lágrimas de la Madre de Dios? ¿Cómo puede uno permanecer con el corazón frío ante el llanto de la Reina de los ángeles? ¿Cómo resistirse al deseo de acercarse a María Santísima y, de rodillas, preguntarle: “¿Señora, por qué lloráis?”! Un hecho inédito en la Historia: tantas imágenes derramando lágrimas en las casas de una misma institución. Y por tratarse de representaciones de la Virgen de Fátima, nuestra atención debe redoblar, pues sin duda, en este final del centenario, Ella nos trae alguna señal, algún aviso, algún mensaje.

¿Pruebas científicas?

Antes de cualquier consideración, les dispensamos de la lectura de este artículo a los espíritus escépticos, positivistas y racionalistas, quienes desearían encontrar aquí las pruebas científicas de este extraordinario fenómeno. No, que no pierdan el tiempo, como nosotros no lo perderemos en probar que esas lacrimaciones no son producto de una farsa. Tan aberrante nos es la hipótesis de simular un milagro que no nos ocuparemos en refutarla.

Contemplar el sereno rostro de María regado por dulces lágrimas basta para infundir en los corazones de sus hijos la certeza de que la Madre de Dios y de los hombres nos trae algún recado. Con espíritu filial, tratemos ahora de interpretar el mensaje de la Virgen.

¿Por qué llora María Santísima?

Empecemos repitiendo la pregunta: ¿por qué llora María Santísima? Son muchas las razones que pueden llevar a alguien a llorar. Miedo, tristeza, dolor, indignación, emoción o alegría suelen ser las más frecuentes. ¿Cuáles de estos sentimientos pueden estar en la causa del llanto de la Señora de Fátima?

Superior en poder a todas las fuerzas del universo, la Santísima Virgen ciertamente que no llora de miedo. Pues aunque los potentados del mundo y de los infiernos se conjugaran para combatirla, una sola gota de sus lágrimas sería suficiente para vencer todas las armas y bombas de la faz de la tierra.

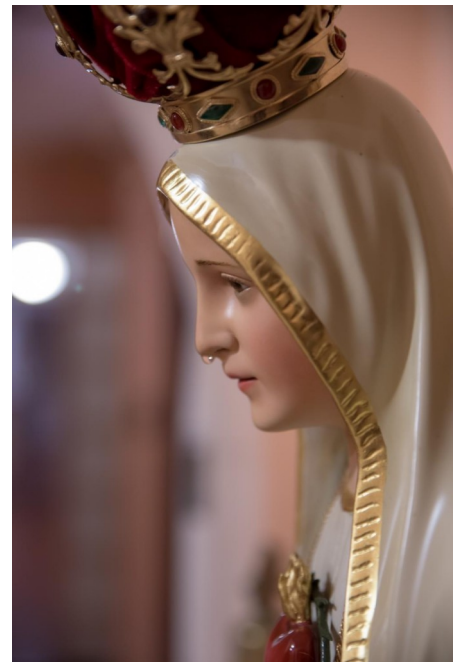
De tristeza, no obstante, sí que puede llorar, porque hace cien años les reveló a los hombres el camino de la felicidad, de la tranquilidad y de la paz, y no fue oída. ¡Ah, si hubiéramos escuchado los mensajes de Cova da Iria, cuán diferente sería el mundo! Pero ¿no habrá en ese llanto de la Madre de Dios algo similar al dolor de Nuestro Señor Jesucristo ante la Ciudad Santa? María Santísima parece repetirle a la humanidad algo de las palabras de su divino Hijo, cuando lloró sobre Jerusalén:

“¡Si reconocieras hoy lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Vendrán días en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitián, apretarán el cerco de todos lados. ¡Porque no reconociste el tiempo en que fuiste visitada!”
(cf. Lc 19, 41-44).

“¡Hijos e hijas míos, lloremos juntos por la triste situación de este mundo que mi divino Hijo y yo tanto amamos!”

A algunos les podría parecer absurda la hipótesis de que sea la indignación una de las causas de las lágrimas de la Reina de los ángeles. Pero si nos detenemos a reflexionar un poco, llegaremos a la conclusión de que Ella tendría buenas razones para encolerizarse. Mencionemos tan sólo una.

La Virgen se digna aparecer en Fátima y, rebosando de afecto y bondad, les transmite un mensaje a sus hijos. Pues bien, ¡hubo quien sofocó sus palabras e incluso quien transformó su mensaje en un secreto!



¿Qué madre no se indignaría contra el que saboteara su intento de salvar a un hijo en peligro? Imaginemos entonces el sentimiento de la Madre de las madres al ver a sus hijos e hijas rumbo a la perdición ¡a causa del silencio y omisión de aquellos que deberían haber predicado al mundo su mensaje de salvación! Todo esto, sin duda, hace llorar a María. Aunque el principal motivo de sus lágrimas parece ser otro.

¡María llora de alegría!



Paremos un poco y detengamos nuestra atención en cualquiera de esas milagrosas imágenes. Llegaremos, sin dificultad, a una conclusión:

¡María llora de alegría!

Sí, ¡de alegría! Pues a pesar de todos los intentos de los infiernos en ocultar sus avisos, la Señora de Fátima atravesó victoriosa un siglo, y hoy nos vuelve a hablar, ya no con palabras que puedan ser escondidas, sino mediante el elocuente lenguaje de las lágrimas, las cuales no serán puestas en secreto.

Hay bastantes personas que dedican buena parte de sus vidas en descubrir el conocido “Tercer Secreto de Fátima”. No condenamos tal empresa. Pero a nosotros nos toca otra misión. Queremos proclamar encima de todos los tejados, en lo alto de todas las torres, a los cuatro vientos: “¡Hombres y mujeres, prestad atención, el mensaje de Fátima no está escondido! Por el contrario, brilla más que nunca, pues hubo en el mundo quien asumió la misión de encarnarlo, recordándole a la humanidad las advertencias de la Madre de Dios y pregonando la victoria de María!”.

Y con ese llanto es como si la Virgen nos sonriera diciéndonos con maternal afecto: “¡Hijos e hijas míos, unamos nuestras lágrimas! ¡Lloremos juntos por la triste situación de este mundo que mi divino Hijo y yo tanto amamos! ¡Lamentemos los innumerables pecados constantemente cometidos contra el Buen Dios! Pero, sobre todo, ¡tened confianza! Y tratad de ver en mis lágrimas no el llanto de la derrota, sino la emoción y el júbilo de confirmaros y repetir mi promesa:

‘Puede parecer que el mal esté venciendo sobre la tierra y que el bien aparente que ya no tiene fuerzas. ¡No desaniméis! ¡Confiad, confiad, confiad, pues en breve mi Inmaculado Corazón triunfará!’ ”.

Revista Heraldos del Evangelio, número 179, Junio 2018